

LA TRAMA QUEBRADA

1. Una comunidad puede ser concebida como una arquitectura de flujos de comunicación. Un laberinto de voluntades que construyen convenciones siempre temporales. Nuestra experiencia es, por definición, conflictiva; y aquí “conflictiva” describe sin valoración alguna ese estilo irrefrenable del homo sapiens a través del cual afirmamos para negar, y viceversa. El mundo que hemos inventado, lo sabemos, se constituye en la contradicción.

Roberto Huarcaya se propone en este trabajo, una reflexión acerca de la inmensa dificultad que determinadas sociedades enfrentan a la hora de procesar sus conflictos básicos. Nos presentan un tratado sobre la inhabilidad para resolver situaciones adversas que parecen despojar al sujeto de su libertad y lo convierten en objeto de condenas metafísicas, de tragedias que denuncian su empequeñecida voluntad.

2. Estas imágenes aisladas de su contexto, focalizadas por la calidez de una luz que baña superficies metálicas, se postulan como la síntesis de eventos sociales fallidos. Estos objetos identificables por registros vehiculares confundidos entre hierros retorcidos, sugieren una ciudadanía enfrentada a sus carencias comunicacionales más primarias. Esta “documentación” de frustraciones, da cuenta de un mundo de fantasmas que nos dicen que las pesadillas son mortales, de carne y hueso.

3. Una comunidad donde los flujos de comunicación están bloqueados es una sociedad conflictuada. Cuando renunciamos al diálogo, nos convertimos en eufóricos suicidas. Cuando renunciamos a la negación, que por definición nunca es plenamente favorable, nos entregamos a la irresponsabilidad que no calcula la velocidad de nuestras acciones. Displicentes, no medimos la dimensión de nuestra improvisación descontrolada, vulnerando el espacio de quienes nos rodean. Dañamos y nos dañamos.

El ensayo visual que nos ofrece Huarcaya puede comprenderse, por ello, como un discurso sobre los límites de una comunidad que ha perdido el sentido de su propia reproducción. ¿Cuál es el motor de estos mecanismos sociales autodestructivos que estimulas las tormentas de nuestras colectividades?

4. Si bien tenemos ante nosotros un catálogo de vocaciones ciudadanas inconclusas, también es cierto que este trabajo se sostiene en una discreta aspiración, a saber, la necesidad de formas de realización de conflictos que no pongan en peligro nuestra integridad ética.

Las preguntas que se desprenden de una segunda lectura del trabajo de Huarcaya pueden ser éstas: ¿Cómo concordar sin mimetizarnos? ¿Cómo discrepar sin eliminarnos mutuamente? En un contexto de reglas relajadas, en una atmósfera social de desesperanza creciente, ¿cómo restituir las tramas sociales, así como los tejidos internos de los individuos, dentro del hermoso esfuerzo que transforma la desconfianza en un estado de creciente optimismo -en- alerta?

Una sociedad que no se tolera a sí misma es una comunidad incapaz de descifrar el sentido de sus propias mareas.